

La educación superior en México *

Son dos las hipótesis que sostiene el autor en el presente libro:

1) Que las instituciones privadas de educación superior son las que garantizan la calidad en los profesionistas y las que gozan de mayor prestigio, y

2) Dada la anterior afirmación, que dichas instituciones deben ser fuertemente financiadas por el sector público —independientemente de que tengan otras fuentes para allegarse recursos.

El estudio se enfoca, por tanto, hacia la justificación de esta tesis. En la primera parte se presenta una revisión superficial del surgimiento y desarrollo de la educación en nuestro país, que abarca desde la época prehispánica hasta nuestros días. Después, el autor se centra en el análisis de la educación superior en México desde sus primeras manifestaciones hasta la actualidad, muy someramente, para entrar luego a la exposición medular que servirá de base a su tesis.

Examina algunas de las características que guarda la educación superior en México; con especial énfasis compara las insti-

tuciones pertenecientes al sector público con las del sector privado, considerando el número de alumnos, la tendencia de su crecimiento, el costo-promedio por estudiante —este último, como índice de calidad, de alta correlación: a mayor costo, mayor calidad—; la relación maestro-alumno, y su resultado, es una apreciación hartó superficial, ya que es bien conocido el hecho de que los maestros atienden grupos muy numerosos y que, por lo tanto, el promedio de 9.4 por uno, de las instituciones privadas, y el de 11.7 por uno, de las públicas, está lejos de reflejar la realidad; y por último, compara las percepciones que recibe el personal docente de uno y otro sector.

En general, las afirmaciones que resultan de cada comparación distan mucho de revelar situaciones reales, basadas como están en cifras globales, sumamente gruesas, que encubren fenómenos distintos que de no tomarse en cuenta conducirán a apreciaciones falsas.

Después, y con base en las altas tasas de crecimiento de la po-

blación, llega a la conclusión de que los jóvenes ejercerán fuerte presión sobre las instituciones de educación superior y que el sector público tendrá serias dificultades para absorber a todos los aspirantes a dicho nivel. Es aquí donde entrarían a jugar el papel más importante las instituciones privadas de educación superior, papel que les sería posible desempeñar sólo si el Estado canaliza hacia dichas instituciones los recursos financieros necesarios, con independencia de sus propias fuentes de financiamiento. Finalmente, califica este tipo de cooperación como congruente con la política económica del gobierno mexicano, que colabora ampliamente con el inversionista privado.

En relación a lo expuesto por el autor, surge la primera pregunta: ¿Fue esta obra elaborada por encargo de la alta burguesía nacional y extranjera? En efecto, a nadie favorecería más que a este sector, el divulgar las bondades reales o supuestas de las instituciones privadas de educación superior, así como el canalizar hacia ellas mayores recursos por la vía del presupuesto federal; y de paso desprestigiar, sutil o abiertamente, las instituciones públicas.

La obra en general muestra con claridad cómo la alta burguesía ha sacado siempre provecho de las magníficas relaciones que sostiene con el gobierno; éste, ininterrumpidamente ha destinado un alto porcentaje de su presupuesto —apartado, en su mayoría, por los impuestos al tra-

bajo y por empréstitos— para alentar la inversión privada. No obstante lo anterior, esta situación tan ventajosa no se ha manifestado de manera evidente y directa en el sector privado de la educación superior, es decir, no existe un rubro específico dentro del presupuesto del gobierno destinado a financiar tal actividad.

Sin embargo, la realidad nos muestra que, a pesar de todo lo que el gobierno realiza en favor de la alta burguesía, ésta no ha hecho partícipe al grueso de la población de los beneficios que logra con ello. No ha sido capaz de crear el número necesario de empleos, por lo cual, existe un alto grado de desempleo en México; no ha favorecido la creación de una estructura industrial independiente; no ha financiado la investigación científica para aplicarla a los procesos de producción y depender menos de la tecnología extranjera; no ha sido capaz de poner a sus productos precios competitivos, que, a la vez que favorecieran la economía del pueblo en general, le permitieran impulsar las exportaciones, y menos aún, ha destinado recursos para proporcionar más y mejores servicios a la comunidad, y, como consecuencia, la situación económica y social del país se vuelve cada vez más insostenible.

Si pese a todos los recursos económicos que el Estado ha canalizado para reforzar la inversión privada, el pueblo no participa de los beneficios de dicha política, es de esperar que una situa-

* Thomas Noel Osborn II, HIGHER EDUCATION IN MEXICO. The University of Texas en El Paso. TW Press, 1976.

ción similar se presente en el sector privado de la educación superior en el caso de que recibiera mucho más apoyo del sector público; lo más seguro es que —dada la estratificación social que impera en el país—, los recursos así obtenidos se destinarían a cubrir de manera más desahogada los requerimientos de educación superior de la clase privilegiada de México, y sólo en la medida en que con ello lograra beneficios extendería la educación a otras esferas sociales. Una política educativa enfocada así favorecerá el surgimiento de profesionistas y técnicos ajustados al proceso productivo y los servicios, pero perjudicará el desarrollo de las profesiones humanísticas, de servicio social y de salud.

Ahora bien, si lo que en realidad se busca es que, mediante un mayor financiamiento por parte del Estado, se proporcionen mayores oportunidades de educación superior a los jóvenes del país y se mejore su calidad, es más lógico pensar que, siendo las instituciones públicas de educación superior las más numerosas —62% del total en 1970— y las que absorben a la mayoría de la población estudiantil —88% del total, en el mismo año—, se lograrían resultados mucho más amplios e inmediatos si ellas mismas recibieran un mayor finan-

ciamiento que garantizara beneficios a un sector más amplio de la población, incluso el económicamente débil.

Respecto a la calidad de la educación, el autor considera que es superior la impartida por las instituciones privadas, pero los indicadores que toma como base para asentarlo no son consistentes; en México, en la práctica, el profesionista no se distingue por su calidad sino por su condición socioeconómica, que a su vez determina que realice sus estudios en una institución privada y se coloque en empleos de alto nivel, bien remunerados.

Dadas las ventajas que gozan los egresados de las instituciones privadas, si realmente su educación fuera de alta calidad, la dependencia de tecnologías, métodos y sistemas de producción extranjeros hubiera disminuido ya considerablemente. ¿O acaso los entrevistados por el autor —representantes de la alta burguesía— tienen una interpretación *sui generis* de la calidad del profesionista?

En conclusión, el tema requiere no sólo un análisis más profundo sino que se enmarque dentro del contexto social, económico y político de México, pues el autor muestra un desconocimiento total de las interrelaciones entre los distintos sectores.—MA. REMEDIOS HERNÁNDEZ.